

# LA BUSQUEDA

Eugenia Gaona de Tejera / Filosofía y Letras

Titubeantes, sin una vocación definida por apresar los objetos, los dedos vagaron en una sugerencia de ave; breves contornos sin aristas se desvanecieron en el aire.

Penélope insistía en su tela; su boca aún guardaba el último adiós dado a su hijo, el buscador de promesas que desertaba de la espera.

Telémaco huía desesperado de aguardar al padre que durante su ausencia se hacía cada vez más cercano; iba en su busca para olvidarse de él, para que el contacto de su cara, de sus manos y sus músculos lo liberaran del mito que pesaba constantemente sobre su juventud.

Los pretendientes trataron de impedir la partida, temerosos de que nuevos hilos interminables se enredasen ahogando sus ambiciones; pero Penélope continuaba infatigable su tarea que se hacía más lenta ante sus ojos humedecidos.

Corrió la voz de la decisión de Telémaco y sus viejos servidores se reunieron frente al castillo para despedirle. El viejo ayo ciego, confidente de Penélope y conocedor de los secretos del viento, presintió la repetición de una historia que quería olvidar, y esperando retener al joven balbuceó: ¡Ulises! , pero Telémaco hizo un gesto de impaciencia y partió sin meditar las palabras del viejo.

Caminó tres noches y tres días hasta que de Itaca sólo quedó el recuerdo de su madre, y empezó a indagar sobre aquel semidiós de astucia que había dejado a su paso la furia que produce la blasfemia.

Recorrió toda la Grecia preguntando por el hombre cuyo ingenio había desafiado los designios de los dioses, el que había escuchado el canto de las sirenas y cegado al hijo de Poseidón, el que abandonó el lecho de Circe para sumergirse en el Hades. El único hombre que retaría al olvido con sus hazañas. ¡Ulises!

Sometió a interrogatorio a pastores, campesinos y mendigos encontrados a su paso, repitió el nombre hasta la fatiga y vigiló acongojado cualquier indicio de reconocimiento. Inútil esfuerzo. Entre los griegos corrió la noticia de aquel muchacho que movía a piedad en su búsqueda, y que en su desesperación, enloquecido, narraba historias extraordinarias sobre su progenitor.

Pasaron los años, en el rostro de Telémaco el sufrimiento dejaba su huella sin que una certeza o un indicio pudieran aclarar la frente ensombrecida; el cansancio y la desesperanza se apoderaron de él, y su voz que enronquecía de tanto llamar a su padre regresaba para incrustarse como un eco debilitado y apenas audible, agrietándole los labios fatigados de pronunciar el mismo nombre. ¡Ulises!

Invocó a los dioses para que guiaran sus pasos, y Apolo compadecido de su dolor lo llevó hasta el Olimpo en donde sus quejas serían escuchadas por los inmortales. Telémaco se enfrentó a ellos y habló de su padre, de su ida sin retorno, de la espera de Penélope, y de su propia necesidad del encuentro en que dejaría de sentir la sombra sin presencia, inalcanzable y huidiza que no podía olvidar.

Los dioses escucharon admirados el relato, y Zeus, conmovido por la ingenuidad del joven, le ordenó regresar a Itaca en donde encontraría a Ulises al lado de su madre.

Telémaco sorprendió a Penélope acariciando entristecida aquel cofrecillo de oro que recordaba haber visto durante su infancia, el viejo cofrecillo que contenía cenizas y que su madre acostumbraba mirar cuando el viejo Aedo, para adormecer su sueño, le narraba las hazañas de su padre. A un lado de ella se extendía la tela primorosamente labrada con el último relato del ciego.

